

“La mejor Madre, un poema olvidado de Emilia Pardo Bazán”.

Cristina Patiño Eirín

(UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA)

“el arte buscando, guardando la fe”¹.

Difícil es que la obra que aún permanece olvidada de la autora gallega pueda ofrecer al estudioso novedades de nota que modifiquen de manera radical los atributos de una producción literaria y crítica asentada en vida de doña Emilia en el canon de una *Opera Omnia*. Pero es indudable que cada nuevo texto debido a la pluma más recóndita de Pardo Bazán no dejará de suscitar ciertos movimientos de reorganización de un mapa de géneros y obras todavía sin perfiles precisos en sus elementos menores: están delineados los continentes y grandes masas terrestres, los océanos que todo lo envuelven en el mar de la crítica reflexiva e histórica, los archipiélagos de cuentos y novelas cortas arracimadas en torno, y también el menos vasto territorio, aún por colonizar del todo, de su poesía y su teatro, islotes e islas de no siempre fácil acceso.

A una de esas diminutas y olvidadas islas de su poesía podemos arribar ahora por mediación de un opúsculo recién aparecido en el que varios ignotos ingenios poéticos del año 1877, entre los cuales figuraba una joven Emilia, la única a la que el futuro depararía resonancia, entonaban versos de advocación católica con motivo de una celebración poético-religiosa celebrada en Santiago de Compostela.

Contando 26 años, casada desde hacía casi una década, una joven Emilia leyó primero en Santiago, con la efusión religiosa que cabe suponerle, un poema mariano hasta la fecha desconocido en la bibliografía interna de la autora². La edición de su poesía inédita u olvidada a cargo del profesor Maurice Hemingway no da cuenta de él y tampoco engrosó el casi centenar

¹ Verso de clara naturaleza autobiográfica de Emilia Pardo Bazán, perteneciente a su “Canto a Zorrilla” (Vid. Hemingway 1996: 138).

² Agradezco a la Biblioteca de la Fundación Pedro Barrié de la Baza, que custodia un ejemplar del opúsculo colectivo donde se imprimió, con la signatura MB-6283, el permiso de su transcripción.

de textos en verso que el tiempo nos ha legado en forma manuscrita y que hoy atesora el Archivo de la autora³. Es lástima que no dispongamos de información alguna acerca de aquella sesión poética y de la repentización de este poema, tal vez distinta de su por fuerza algo posterior edición impresa. No fue, desde luego, la única vez que Emilia actuó en este género de reuniones y tertulias. Bravo-Villasante evoca la época en que conoció, gracias a un amigo poeta, a través de la traducción de Manuel María Fernández, el tomito heineano de *Joyas prusianas*⁴, que le sorbió el seso y la incitó a ensayar sus traducciones ante un auditorio expectante (1973: 43-44).

No fue doña Emilia poeta inconsciente de su escaso estro. En varias ocasiones, sin renegar del todo de aquella faceta suya fundamentalmente juvenil, se refirió con distancia a ella y llegó a escribir que “sería indisculpable en mí cualquier debilidad por mis versos, y jamás la he tenido”⁵. Tal vez no quería formar parte de aquella hueste de imitadores que nada representaron después acaso porque estaban persuadidos de su falta de singularidad lírica: “En su exaltación, la emperatriz [Sissí] pensaba que sus versos, banales y muchas veces cojitrancos, le eran dictados desde el más allá, a través de un contacto mediúmnic, por Heine. Elisabeth escribe realmente a *lo Heine*, siguiendo la melodía y el repertorio heineano que, en el siglo XIX, habían encontrado innumerables imitadores y repetidores, hasta el punto de constituir un auténtico lenguaje poético estereotipado”⁶.

Trátase en este caso, no de una traducción, de un poema narrativo de nueva planta, compuesto de diez estrofas de rima predominantemente consonante y métrica que combina versos endecasílabos y dodecasílabos con otros de siete y ocho sílabas.

Ni de la adolescencia ni de la juventud de Emilia Pardo Bazán tenemos demasiados datos (auto)biográficos. Los primeros años de casada, ocho largos

³ No hay rastro de “La mejor Madre” en dicho Archivo, cuya sección de “Poesías” comprende los años 1866 a 1910, vid. Axeitos Valiño, Ricardo y Nélida Cosme Abollo, *Os manuscritos e as imaxes de Emilia Pardo Bazán. Catálogo do Arquivo da familia Pardo Bazán*, A Coruña, Real Academia Galega, 2004.

⁴ Título, por cierto, nada heineano, dada la animadversión que llegó a profesar a Prusia el autor de *El Mar del Norte*.

⁵ Cfr. Ana María Freire López “La primera redacción, autógrafa e inédita, de los ‘Apuntes autobiográficos’ de Emilia Pardo Bazán”, *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, n° 26, 2001: 327.

⁶ Cfr. Claudio Magris, *El Danubio*, [1986], Barcelona, Anagrama, 2000 (3ª edición): 193.

años sin hijos, constituyen aún hoy un periodo de velada reserva en el que los biógrafos han incidido con poca fortuna y exceso de conjeturas. Si damos crédito a los “Apuntes autobiográficos”, los primeros tanteos bibliográficos de una muchacha ávidamente dispuesta a la lectura desde la primera infancia se mueven entre el *Quijote*, la *Biblia* y la *Conquista de México* antes de apropiarse del derecho a la lectura de los mayores en forma de novelas francesas, Diccionarios e Ilustraciones, no siempre de su gusto pues “prefiero –advierte- cualquier vida de santo, el *Año Cristiano* o un libro inocente y milagrero” (1973: 704). De estas lecturas reiterará a lo largo de su vida disfrutar siempre y en especial en los momentos de incertidumbre. Ninguno más difícil que aquel en que se decidía su vocación literaria y, tras sus nupcias contraídas en septiembre de 1868, y sus consiguientes desengaños, conocería otros intervalos de lucha y reafirmación. Emilia vive entonces una crisis de identidad en forma de pugna entre su espacio como esposa y madre –lo será desde 1876- y su cada vez más imperiosa vocación de mujer de letras. Incluso después de ver publicada su primera novela, que data de 1879, se ve inmersa en una crisis de conciencia, tan grave como callada, a partir de la cual ya no embridará “la inquieta savia de la primer juventud literaria” (714) que pugnaba por encontrar su cauce. Su misticismo de entonces –contrapeso consolador- desembocará en el *San Francisco de Asís*. La vuelta a su tierra, tras la vida madrileña, de la que volvía “empalagada”⁷, coincide con un repliegue místico que no cuajará más allá de lo íntimo. Tal vez por ello pudo decir su amiga Blanca de los Ríos, tras su fallecimiento, que “se la ha desconocido espiritualmente casi por completo” (1921: 30).

Pero ya con anterioridad Emilia había ido canalizando sus inquietudes dividiéndose entre el estudio de los filósofos y la entrega religiosa, antes de abrazar la novela.

A ese momento de desbordamiento, que no acata medidas angostas pero vuelve al redil por momentos, corresponde un poema tan insólito en su bibliografía como el que aquí exhumamos.

⁷ Federico Carlos Sáinz de Robles lo ha escrito así. “El Madrid que a ella le hubiera gustado le quedó incógnito entonces [...]. El Madrid que a ella le hubiese conmovido era el de las tertulias literarias del duque de Rivas y el marqués de Molíns [...], el Madrid de los estrenos teatrales [...] de Variedades, de las Musas, del Príncipe Alfonso, de los Bufos, a los que acudían con el ánimo disparatado y la acción disparada, prontos a la trifulca y a romper costillas, los socios de la Juventud Católica e individuos de la Partida de la Porra [...]. El que conoció fue otro muy distinto. Estereotipado. Pudibundo. Refitolero. Falso. Por eso le disgustó” (1973 -4ª ed.-, [1947]: 20 y 21).

No tenemos datos acerca de su integración en las filas de la Juventud Católica compostelana, en cuyo seno se pronunciaron los versos publicados después, aunque los años en que la recién casada compartió estudio y realización de tareas académicas con su marido pudieron ponerla en contacto asiduo con agrupaciones de ese signo u otros. Tampoco tenemos apenas datos de Alberto García Ferreiro⁸, ninguno de Antonio V. Queipo, tan sólo la información que dan sus composiciones poéticas, bien poco merecedoras de lauro alguno. El primero firma el poema “A la Virgen”, es obra del segundo el titulado “A Nuestra Señora la Virgen María en el Misterio de su Inmaculada Concepción”. El folleto contiene también, sin firmar, otro poema cuyo título reza “Al eminentísimo Cardenal Arzobispo de Santiago D. Miguel Payá y Rilo en el deseado regreso de su viaje a Roma para tomar posesión del cargo cardenalicio”⁹.

Si las alas de la fe y el romanticismo –como su amiga Blanca de los Ríos de Lampérez señaló al recordarla (1921: 24)- mecieron los impulsos primeros de una escritora en trance de querer hacerse antes mística que novelista, tal vez no sea este poema una pieza del todo inubicable en el mosaico pardobazaniano. Habría que vincularlo al grupo de los que Hemingway denomina inspirados por el neocatolicismo, único de cierta homogénea entidad (1996: XV), y entre los que se cuentan dos odas a Pío IX, un escapista “El Alma”, que parece clamar por un rapto místico lejos del mundo ingrato, y un “Homenaje a María” (*sic*) (Hemingway 1996: 57-58), éste último fechado en Santiago, en 1871, como el anterior, y estrechamente ligado a “La mejor Madre”¹⁰. La crisis espiritual en que se ve sumida la lleva a frecuentar el convento compostelano de San Francisco, como recordará en 1886: “hondas

⁸ Escritor y periodista natural de Ourense, (1860-Santiago de Compostela, 1902). Fundó *La Semana* y *La Defensa de Galicia* además de colaborar en *O Tío Marcos da Portela*. Organizó la Asociación Regionalista Gallega en Ourense y fue autor de varios libros de poemas posteriormente. Sus títulos son *Volvoretas*, 1887, *Chorimas* y *Leenda de gloria*, ambos de 1890, y *Follas de papel*, de 1892. Vid. nota 14 en lo que se refiere a la mención de un joven poeta llamado Ferreiro en “Diario de mi vida”.

⁹ A diferencia de todos los demás, fechados en diciembre de 1877, o en la festividad de la Inmaculada del día 8, esta composición es datada el 11 de julio de 1877. En el lapso que va de julio a diciembre hubo de efectuarse la recopilación, pese a que los poemas pueden ser fruto circunstancial y más directo de aquella efemérides.

¹⁰ Si bien, a diferencia de los de 1871, que aparecían firmados por J. E.P.B. de Q., el de 1877 exhibe como firma impresa un escueto, y ya valiente y singular, EMILIA PARDO BAZÁN. Cuántas cosas no pasarían en ese intervalo de seis años...

tristezas e ideas oscuras que iba a olvidar en la portería del convento” (1973: 719). Diversas cartas dirigidas a su mentor Francisco Giner de los Ríos revelan el alcance de esta crisis no sólo matrimonial que deviene –por mor de una cierta somatización- padecimiento hepático. Así, por las fechas que vienen a coincidir con la bisagra de los años 1877-1878, lapso en el que tiene lugar la lectura y edición de “La mejor Madre”, en una carta a Giner, lacónica y desesperanzada, escribe Emilia: “Hoy *my soul is dark* y no sé casi qué decir” (2001: 371).

Es el periodo en que confluyen, según Pilar Faus, “Grandiosidad, aliento épico, belleza y lirismo que animan una parte, no pequeña, de la personalidad pardobazaniana, especialmente agudizada en estos años. Existe un componente temperamental sin el que difícilmente podríamos comprender el carácter y matices de su religiosidad tan propicia a las sugerencias líricas. Como ella explicará en más de una ocasión, en los momentos de mayor unción religiosa existe una componente emocional o artística difícilmente separable de su fe” (2003: I, 172)¹¹.

Fe y romanticismo se conjugan en estos versos dictados si no con fortuna de inspiración sí al menos con voluntariosa consonancia. No puede ser un poema místico, tendrá que serlo narrativo, como tantos otros que escribió y que acaso la prepararon adiestrándola para la fluidez de la prosa, al menos en ello creía cada vez que se entregaba a tan delicada Cenicienta. Y con perseverancia se aplicó a esa práctica. Para su crítica de poesía reservó un talante enaltecedor las más de las veces, contraria a disparar denuestos por el ejercicio de un género que, en cambio, sí le mereció acerados flagelos autocríticos. Tal vez tratando de singularizarse con respecto a Leopoldo Alas, cuya intemperancia crítica sufrió, llegó a escribir “Yo no me indigno ni pongo el grito en el cielo cuando tropiezo con poesías insignificantes: el caso es tan frecuente, que creo que no debe gastarse saliva en deplorarlo” (1891: 94)¹².

Nada añade este poema a su extraordinaria poligrafía, ni siquiera a sus versos más granados, nada de especialmente valioso e inspirado. Con todo,

¹¹ De esa conjunción de arte y religión me he ocupado en “Acerca del franciscanismo de Pardo Bazán”, *Vid.* Patiño Eirín, 2001.

¹² Bien es cierto que la gasta en cierta medida en las dos leves reseñas de Eugenio Sánchez de Fuentes, respetable magistrado recientemente admitido en la Real Academia Española, autor de versos “de plomo”, “bastante descuidados y flojos, impropios para servirle de modelo a los alumnos e infundirles justo cariño a la lengua y poesía castellanas” (1891: 94 y 95).

algunas marcas persisten en hacernos ver una pulsión, un ánimo volitivo, un testimonio quizá, una senda de excelencia.

No parece casual la ambientación germánica en quien se había afanado en traducir del alemán al poeta más admirado¹³, Enrique Heine, el ruiseñor de Düsseldorf¹⁴. Acerca de la filiación religiosa del autor de los *Traumbilder* no se manifestaría doña Emilia, aunque bien lo hubiera justificado el pasaje confesional heineano que desmiente su catolicismo –no el de su archicatólica esposa, Mathilde Mirat, motivo por el cual se habían casado en París, en la iglesia de Saint-Sulpice-: “Al tiempo que en Alemania el protestantismo me hizo el inmerecido honor de confiarme una iluminación evangélica, también se difundió el rumor de que me había pasado a la fe católica: sí, incluso algunas almas bondadosas aseguraron que tal paso lo había dado hacía ya

¹³ Sobre todo en su vertiente erótica, de poeta del amor. La efusión lírica del cristianismo, que vio representada en poesía –en prosa, y en su efusividad no lírica sino social, la vio en Chateaubriand-, en el Lamartine de las *Méditations*, le mereció también encendidos elogios en *El lirismo en la poesía francesa*. Musset, con su misticismo invertido, será otro de los poetas más reiteradamente admirados. Pero Heine se lleva la palma. Lo supo ver Dionisio Gamallo Fierros, para quien “en materia de predilecciones en verso y aficiones líricas, la Pardo fue –lo mismo como crítica que como creadora de poesía- más germánica que gala, más devota del *lied* alemán que de la cancioncilla francesa” (2005, [1951d]: 279).

¹⁴ *Vid.*, a este respecto, su memorable “Fortuna española de Heine”, verdadera reivindicación de su poeta predilecto, en *Revista de España*, 25 de junio de 1886; recogido en el Tomo III de las *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1973: 689-698. En *La Ilustración Artística* volvería a mencionar con elogio la calidad lírica de Heine, 1909, n.º 1.410, p. 26. *Cfr.*, de Nelly Legal, su “Contribution à l’étude de Heine en Espagne, Emilia Pardo Bazán critique et traductrice de Henri Heine”, *Annales de la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de Nice*, n.º 3, 1968: 73-85. Como señala Hemingway, el intimismo heineano precede en el tiempo a la eclosión novelística y se manifiesta con fuerza a partir de 1875 (1996: xi). Son años en los que el afán introspectivo se vuelca también en cuartillas de autoconfesión como las que alguna vez compusieron el “Diario de mi vida”, parcialmente rescatadas por María del Carmen Simón Palmer en “Trece días de la vida de Emilia Pardo Bazán. Manuscrito inédito”, *Estudios de literatura española de los siglos XIX y XX. Homenaje a J. M. Díez Taboada*, Madrid, CSIC, 1998, pp. 399-404. Fechadas del 13 al 25 de abril de 1879, en Santiago, sin que falte un solo día de ese periodo, Emilia anota incidencias diversas como que ha pasado un día *enfadado* o que se va encontrando mejor, así como el ritmo reglado de su trabajo escritural. Simultanea la expectativa editorial de Pascual López con las peticiones de versos suyos, prueba de su nombradía local (“Me han pedido unos versos para que se lean en el teatro con motivo del aniversario de Cervantes”, miércoles 23). Anota el viernes 25: “Sé que leyeron mal mis versos. El periódico los inserta. El joven Ferreiro (cuya improvisación a Cervantes [sic] no logra igual dicha) nos leyó hoy un Cuadro heroico [sic] que se representará el 2 de mayo, en que conté (en unos versos fáciles y retumbantes) siete u ocho *tiranos*, diez *libertades*, y más de veinte *patrias* -¿Cómo ha de ser? Y no le falta inspiración” (p. 403). Pudiera tratarse del mismo Alberto García Ferreiro que en 1878 comparte páginas con ella en el *Certamen* cuyo hallazgo da origen a estas páginas.

muchos años, y apoyaban la afirmación con determinados detalles, decían el lugar y la hora, daban el día y la fecha, le ponían un nombre a la iglesia en la que yo debía haber abjurado de la herejía del protestantismo y adoptado la fe católica, apostólica y romana; tan sólo faltaba el dato de cuántas campanadas y cuántos toques de campanilla les obsequió el monaguillo con motivo de aquella fiesta” ([1854] 2006: 81). Alberto pudiera ser Enrique, pero no lo es. Pardo Bazán no formó parte de aquellos equivocados que Heine invoca en el párrafo antecitado. Me gusta pensar, no obstante, que llegó a saber que la conversión, del signo que fuese, pudo haber obrado en el que fuera considerado mítico socialista, hegeliano, helénico y ateo y le llevó a arrodillarse ante la Biblia, su reconciliación explícita en las *Confesiones*. Ya lo señaló su traductor Teodoro Llorente: “La divinidad panteísta de Spinoza y de Hegel no llenaba el corazón del poeta, enamorado de vagos ideales que veía desvanecerse conforme iba ganando en años y en experiencia, y en el último periodo de su vida proclamaba la necesidad de un Dios personal”¹⁵. Composiciones de exaltación de la Virgen firmadas por Heine en el *Regreso* (1823-1824), y objeto de la traducción de Llorente, como “La Romería” ([1885], s.a.: 217-223) pueden haber estado en la raíz de la inspiración pardobazanianana. ¿O tal vez se trate, en el presente caso, algo que no hemos podido dilucidar todavía, de alguna traducción pergeñada por la joven marinadina de algún poema del autor del *Buch der Leider*?¹⁶

¹⁵ Cfr. su prólogo a su traducción en verso de *Poesías de Heine. Libro de los Cantares*, Barcelona, Biblioteca “Arte y Letras”, Casa Editorial Maucci, s. a.: XXIV. De esta edición da cuenta Pardo Bazán en su “Fortuna española de Heine”, cit. *supra*, no sin subrayar “el raro esmero, la sagacidad y el cariño con que traduce Llorente”, a cuya labor traductora añade “una de cosecha propia, que duerme incompleta e incorrecta en mis cajones, sin otro origen que el de satisfacer la devoción por un poeta favorito” ([1973], 1886: 696 y 695. El ejemplar que se custodia en la Biblioteca de la autora coruñesa lleva como pie de imprenta Barcelona, Daniel Cortezo y Cía, 1885, y cuenta 287 páginas, frente a las características del que aquí se ha manejado, de 255 pp., con las mismas bellas ilustraciones pero sin tapas azules.

¹⁶ ¿Cómo no pensarlo ante una confesión como ésta, procedente de un poeta inicialmente educado por maestros católicos: “Yo siempre he sido un poeta, y por eso la poesía que florece y arde en el simbolismo del dogma y el culto católico tenía que revelármese con mucha mayor profundidad que a otras personas, y en mis años de juventud no pocas veces me superó también la dulzura infinita, el delirio misteriosamente bendito y la terrible ansia de muerte de aquella poesía: a veces yo también admiraba a la santísima reina del cielo, yo trasladaba las leyendas de su gracia y su bondad a delicadas rimas, y mi primera colección de poemas contiene huellas de ese hermoso período dedicado a la virgen que, en colecciones posteriores, erradiqué con ridículo cuidado” ([1854], 2006: 87)?.

Por otro lado, algunas reminiscencias de su paisaje pudieran postularse para el presente poema, menos lírico o *exhibicionista*¹⁷ que narrativo en su mayor parte y sólo al final religioso y militantemente católico. Es ese corolario, que el título exalta, el que raras veces emerge con tal acuidad en la obra de creación de una autora que prefirió constreñir sus textos con mensaje o moraleja a los estrictamente denotativos, esto es, a los no ficcionales. Puede que la poesía sea el menos ficcional de los géneros para la autora romántica *malgré elle* y, en esa medida, la forma más idónea para su advocación mariana.

Maternidad sagrada del hijo de Dios es la que aquí sobrepuja a la humana, visible en *Jaime* y aquí representada por la madre *anciana* y *achacosa* de Alberto¹⁸, cuya paulatina conversión católica nos es presentada. El milagro acontece de mano de la aparición de un viejo religioso que porta la imagen redentora de la Virgen. La austeridad se vuelve belleza: el protestante se hace católico. Pardo Bazán asoció siempre el cristianismo a la fruición del arte. A él asoció la *Sagesse* de Verlaine, obra que saludó católica.

Por otro lado, la composición transcrita más abajo bien pudiera asimilarse a una de las contradicciones que enaltecieron la rica personalidad pardobazaniana y que Francisco Pérez Gutiérrez categoriza como “manifiesta tensión que entre religiosidad y vida [que] latía en el fondo de su creación literaria” (1975: 347)¹⁹. Es la tensión entre la elección religiosa y el lazo filial, entre fe y razón vital.

¹⁷ Adjetivo que aplica, tomándolo de Leconte de Lisle, a Musset, y al poeta germano en *El lirismo en la poesía francesa*, Madrid, Renacimiento, s. a.: 354.

¹⁸ No parece que el antropónimo tenga significado alguno. No remite de manera clara a la figura de Alberto Magno, cuya festividad, el 15 de noviembre, se festeja desde su beatificación en el siglo XVII, y estaría cercana a la fecha del encuentro en Santiago. Al bienaventurado Alberto el Grande, maestro de Santo Tomás y defensor de la esfericidad de la tierra, dedica algunos párrafos de su *San Francisco de Asís. Siglo XIII* (Madrid, Librería de D. Miguel Olamendi, 1882: 254-255). Tampoco parece tener nada que ver con los poemas “A Alberto” firmados por Carolina Coronado. Desconocemos si existe alguna asociación en el uso de este nombre propio con el de su compañero de versos Alberto García Ferreiro, nada parece indicarlo, sobre todo teniendo en cuenta el texto poético que firma y que transcribo: “Si es aún pequeño el cielo/ Para albergar a María./ Por Vos los que mancillaron/ Con saña la ibera honra,/ Vergüenza, oprobio y deshonor/ En nuestra patria encontraron./ Mezquitas que aquí se alzarón/ Con estrépito cayeron/ Las medias-lunas sirvieron/ Para herrar nuestros corceles,/ Y sus blancos alquiceles/ Alfombras cristianas fueron./ Pero atrevido mi canto/ No mancille más tu nombre/ Que mancha el labio del hombre/ La pureza de tu manto./ Vos con virginal encanto/ Perdonaréis mi osadía,/ Y ojalá que en mi agonía,/ Al despedirme del mundo,/ Aún el labio moribundo/ Pueda murmurar, ¡María!”.

¹⁹ Véase el capítulo que dedica a la autora en *El problema religioso en la Generación del 68*. Valera, Alarcón, Pereda, Pérez Galdós, ‘Clarín, Pardo Bazán...’, Madrid, Taurus Ediciones, 1975, pp. 339-378.

Si, como apunta José Montero Padilla, transcribiendo palabras de su hija Blanca, la Marquesa de Cavalcanti, la autora “poco antes de morir manifestó la voluntad expresa de que sus versos desperdigados aquí y allá no se recogieran ni publicaran, sino que, por el contrario, deberían permanecer en el más absoluto silencio” (1953: 383), no estaríamos respetando su designio estético de salvaguarda de sólo lo que no debe perecer. Un escrupuloso Heinrich Heine no dirá otra cosa en el Prólogo a sus *Memorias*: “Jamás he podido disculpar tales deslealtades; es un acto prohibido y amoral publicar aunque sea una sola línea de un escritor que él no ha destinado al gran público. Esto es de validez muy especialmente para las cartas dirigidas a personas particulares. Quien las imprima o las edite se hace a sí mismo culpable de una felonía que merece desprecio” (2006: 104). Sin embargo, tampoco sería justo sustraer al mejor conocimiento de la obra de una autora ilimitada hoy aún, en cuanto a la determinación misma de su producción, los perfiles móviles de una isla sin la cual el mapa del tesoro tendría aún más vacíos. Atendiendo a sus palabras adversativas, “pero un bienaventurado o una advocación de la Virgen no pueden inspirarme ese sentimiento mixto de veneración y familiaridad que se llama ‘devoción’, mientras no he visto y amado su representación religiosa”²⁰, cabe la posibilidad de que doña Emilia, o su hablante lírico, estuviese contemplando alguna escena de conversión en un cuadro o una estampa. Estaríamos entonces ante un poema ecphrástico, cosa difícil de probar, aunque parece evidente su naturaleza competitiva.

Un colofón: Es preciso que cada vez vayan quedando menos vacíos, sólo así se podrán aquilatar las cimas mayores en su justa proporción, y, buscando el arte, guardaremos la fe.

²⁰ Cfr. “Por la España vieja”, *Nuevo Teatro Crítico*, n° 10, octubre de 1891, p. 74.

LA MEJOR MADRE

POEMA²¹

Donde el Rhin, escondido entre la bruma,
Más sus cristales líquidos desata
Y cayendo en mugiente catarata
Quiebra en ligera espuma
El sesgo curso de zafir y plata,
Como blanca paloma
Que cabe fuente límpida sesteá,
Yace apacible aldea
Tendida negligente en una loma.

Allí tiene su hogar tranquilo y viejo
Alberto el tejedor, mozo arrogante,
De condición honrada y generosa
Cual de gentil talante;
Y allí tiene también su madre amante,
Anciana y achacosa,
Que ya solo en un báculo apoyada
O en el robusto brazo del mancebo,
Va al templo los domingos, adornada
De su antiguo ajuar con lo más nuevo.

¡Al templo dije! ¡A una mansión vacía,
Desnuda, pobre y fría,
Sin luces, sin altar, sin santuario,
Sin humo perfumado de incensario;
Sin lenguas de metal que hablen al alma
Colgadas del airoso campanario;
Sin imágenes místicas, serenas
Cuya grave actitud, llena de calma,
A meditar invita
Y a rezo fervoroso solicita!
Porque Alberto, y su madre y toda aquella

²¹ Reproduzco el texto del poema tal como se imprimió en Santiago de Compostela en 1878, con excepción de la actualización ortográfica y de puntuación exigibles hoy día.

Aldea alegre y bella,
Que se mira en el Rhin como en espejo
Transparente y bruñado
De claro diamante,
Ha tiempo que más ley no ha conocido
Ni más culto ha seguido
Que el culto de una secta protestante.

Y así el ardiente corazón de Alberto
Para la fe está muerto
Pues nada encuentra en su natal capilla
Que encienda la ternura,
Que le llame con íntima dulzura,
Ni que traiga a su boca
La oración amantísima y sencilla
Que brotando del labio, al cielo toca.
Y Alberto, que sufría
Honda y secretamente
Porque nunca acertaba a ser creyente,
A solas con su Dios se condolía
De no saber amarle dignamente.

Paseándose un día
Del río por la margen pintoresca,
En una fronda retirada y fresca
Que el pino con el sauce entretejía,
Vio en el suelo tendido
Un hombre anciano, al parecer dormido,
O quizás desmayado mortalmente,
Según está de quieto
Y según tiene pálida la frente.
Era en rostro y vestir desconocido,
Cubríale un sayal tosco y raído
Con un cordel sujeto,
Y los descalzos pies sangre manaban
Y ráfagas de polvo
El semblante y cabellos afeaban.

Alberto compasivo
Se arrodilló cabe el exhausto viejo,
Y diligente y vivo
Con agua roció su faz helada,
Y la túnica abriendo remendada
Porque más libre respirar pudiese
Vio una cruz sobre el pecho colocada
Y a su lado la imagen peregrina
De una mujer bellísima, radiante,
Con la sien rodeada
De un círculo de estrellas chispeante.

Cómo salió de su mortal desmayo
El viejo religioso
Y qué pláticas tuvo con Alberto,
Nadie supo jamás. Pero es lo cierto
Que desde aquel instante misterioso
Alberto, retirado y silencioso,
Ya no asiste a las fiestas de su aldea;
Ya la barra de hierro no blande,
Ni lanza la pelota,
Ni ya se saborea
Con la cerveza que espumante brota;
Ni a las muchachas del lugar ofrece
La flor azul que crece
En los bordes del Rhin majestuoso
“¡Qué triste que anda Alberto!”
(Dicen sus compañeros de trabajo)
“Su corazón parece que está muerto”.
¡Oh error, error profundo
De los ciegos juicios de este mundo!
¡Morir el corazón que se retira
Y con su Dios se abraza
Y por su Dios suspira!
No mueren los volcanes
Porque ceniza pálida los vele;
Antes el fuego que nació debajo
Arder entonces más intenso suele.

La madre a quien Alberto debe vida
Y en cuyo seno reposó de niño,
Con ojo perspicaz, que da el cariño,
Observa de su hijo la mudanza
Y ansiosa y afligida
A su cuarto llegando cierta tarde
No podía dar crédito a sus ojos
Pues lo encontró de hinojos
Ante una breve mesa, guarnecida
De cirios y de flores
Y de miles de adornos y primores
Puestos en torno de una imagen bella
De toca azul y blanca revestida
Y que por lindos ángeles servida
Con celestiales pies la luna huella.
Ambas manos cruzadas
Y alzado el rostro grave que ilumina
Interior claridad alta y divina
Estábase el mancebo tan absorto,
Que no escuchó la puerta que rechina
Ni sintió de su madre las pisadas.

“Hijo del corazón, ¿qué estás haciendo?”
Turbada preguntó la madre buena.
Y Alberto respondió con voz serena:
“Estaba con mi madre departiendo”.
Y cuando así decía,
Señalaba a la imagen hechicera
Cuyo rostro gentil aparecía
Entre el reflejo ardiente de la cera.
“¿Esa imagen tu madre? ¡No te entiendo!
Ella es joven y hermosa
Yo vieja, agobiada, y achacosa...”
Solemnemente replicóle Alberto:
“Mi madre en el principio fue creada:
No fuera el Universo todavía,
Y ya mi madre concebida fuera”.
“Deliras”. “No deliro, madre mía”.

“¿Y el amor, hijo mío, que me debes,
En esa imagen a poner te atreves?”.
“Sé, madre, que me amáis con gran ternura;
Sé que daros mi vida fuera poco;
Pero esa madre inmaculada y pura
Me quiere más que vos...”. “¡Más! ¡Estás loco!”.
“¡Sí, mucho más! Oíd. Ella tenía
Un Hijo sin igual, idolatrado
Y por mí lo han entregado
Al tormento más crudo y más prolijo;
En una cruz por mí murió clavado...
Esa madre... esa madre me ha salvado...”.
“¿Cómo se llama...?”. “Llámase María;
Yo católico soy, pues soy su hijo”.

Viniendo iba la noche,
Y la madre de Alberto que lloraba
Y Alberto que sereno la miraba,
Se confundieron en abrazo estrecho
Y Alberto pronunció: “¡Ven a mis brazos:
Quizá es la vez postrera
Que se junta mi pecho con tu pecho!”.
Y aquellos tiernos lazos y aquel nudo deshecho
Vistió Alberto un sayal, y con la frente
De humilde contrición resplandeciente
Dijo: “Por mal que a tu cariño cuadre,
Bendíceme, que parto”.
“Lejos de ti, ¿quién me dará consuelo?”
Preguntó la infelice.
Y Alberto entonces inspirado dice:
“Te sabrá consolar la mejor Madre
Que tienen los mortales en el cielo”.

EMILIA PARDO BAZÁN.
1877.

Composiciones poéticas leídas en la Sesión solemne celebrada por la Juventud Católica de Santiago, el día 8 de diciembre de 1877, Alberto García Ferreiro, Emilia Pardo Bazán, Antonio V. Queipo, Santiago, Tipografía de J. M. Paredes, Virgen de la Cerca, 12, s. a., pp. 3-9.

BIBLIOGRAFÍA

Bravo-Villasante, Carmen, *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán*, [1962], Madrid, Editorial Magisterio Español, 1973.

Faus, Pilar, *Emilia Pardo Bazán. Su época, su vida, su obra*, Tomo I, A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2003.

Gamallo Fierros, Dionisio, "La Pardo Bazán como teórica y creadora de poesía. Su devoción por Heine", *La Voz de Galicia*, 19 de septiembre de 1951, p. 3; recogido en Rodríguez González, Olivia, "Estudios sobre Emilia Pardo Bazán de Dionisio Gamallo Fierros", *La Tribuna*, nº 3, 2005, pp. 261-292: 278-281.

Heine, Heinrich, *Confesiones y memorias*, [1854, 1884], traducción y notas de Isabel Hernández, Barcelona, Alba, 2006.

Montero Padilla, José, "La Pardo Bazán, poetisa", *Revista de Literatura*, III, 1953, pp. 363-383.

Pardo Bazán, Emilia, "Epistolario a Giner de los Ríos", edición de José Luis Varela, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Tomo CXCVIII, Cuaderno II, pp. 327-390, Madrid, 2001, pp. 327-506.

_____, "Notas bibliográficas. Oda a Cervantes, por Eugenio Sánchez de Fuentes. Habana, 1886", *Nuevo Teatro Crítico*, Año I, febrero de 1891, nº 2, pp. 94-95.

_____, *Obras Completas*, Tomo I, Novelas y Cuentos, Estudio Preliminar de F. C. Sáinz de Robles, Madrid, Aguilar, 1973 (4ª edición), [1947].

_____, *Obras Completas*, Tomo III, Crítica literaria, Estudio Preliminar de Harry L. Kirby, Madrid, Aguilar, 1973.

_____, *Poesías inéditas u olvidadas*, edición de Maurice Hemingway, Exeter, University of Exeter Press, 1996.

Patiño Eirín, Cristina, "Acerca del franciscanismo de Pardo Bazán", *Homenaje a Benito Varela Jácome*, edición a cargo de Á. Abuín González, J. Casas Rigall y J. M. González Herrán, Santiago de Compostela, Servicio de Publicacións da Universidade, 2001, pp. 455-475.

Ríos de Lampérez, Blanca de los, "Elogio de la Condesa de Pardo Bazán", *Raza Española*, Número extraordinario Homenaje a la Condesa de Pardo Bazán, 1921, pp. 21-38.



Portada do núm. 31 de *Extracto de literatura*, 5/8/1893. BRAG.